

AL  
ACECHO

NOEMÍ SABUGAL

XXXI PREMIO DE NOVELA  
FELIPE TRIGO

algaida



Un jurado presidido por Inmaculada Chacón Gutiérrez y compuesto por Antonio Sáez Delgado, Enrique Javier de Lara Fernández, Mario Martín Gijón y Antonio Lozano Borrillo otorgó a la novela *Al acecho* de Noemí Sabugal el XXXI Premio de Novela Felipe Trigo, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Imagen de cubierta: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Archivo General de la Administración, Fondo «Archivo Fotográfico de la Delegación de Propaganda de Madrid durante la Guerra Civil», signatura F/04053-54388.

Imágenes del interior: Reproducciones de los periódicos *Estampa*, *La Época* y *El Sol*.

Primera edición: 2013

© Noemí Sabugal, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9877-828-1

Depósito legal: SE-3.989-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A mis abuelos José y Primavera, Santos y Teresa.  
Y a todos los niños de nuestra guerra. Y sus nietos.



He regresado al tigre.  
Aparta, o te destrozo.

Hoy el amor es muerte,  
y el hombre acecha al hombre.

*El hombre acecha.* Miguel Hernández.



FIERRO EMPUJA LA VIEJA PUERTA DEL ALMACÉN Y NO MIRA hacia el interior, ni tan siquiera una vez. No es necesario. Sale a la noche caníbal y deja que le devore. Cerca, lejos, cerca, se oyen las baterías antiaéreas, algunos gritos. Da un paso en la oscuridad y sabe que no hay vuelta atrás. Ya no es el que era, pero el mundo tampoco es el mismo. Un reflector rastrea el cielo, una ametralladora cruje su rabia. Y entonces oye a los perros. Los perros aúllan, de miedo. Saben que el hombre acecha.





MARGARITA



«YO LO HICE TODO POR SU BIEN, POR ELLAS, PARA QUE PUDIERAN descansar del sufrimiento. Sé que ahora no lo comprende, pero más adelante reflexionará y se dará cuenta de que tengo razón. Ahora están en un lugar mejor.

Margarita era buena, pero no siempre. A veces incluso casi nunca. Pero se portaba bien, ayudaba a su madre, a sus compañeras de colegio, a una vecina ciega que vivía en el quinto. Pero yo sabía la verdad. A mí no podía ocultármelo, la conocía.

Sobre todo le gustaban los libros. Era capaz de leer durante un día entero, apenas levantando los ojos de las páginas para beber un poco de agua. Su madre no lo aprobaba. Me contaba que movía la cabeza con disgusto cuando la veía pegada a la ventana, apurando las últimas horas de luz. Devoraba todo lo que caía en sus manos, era insaciable, y por eso había que tener cuidado.

Algunas novelas se las pasaban sus amigas, de tapadillo. Eran novelas de amor y las tenía muy bien escondidas bajo el colchón. Sabía que no me gustaba que leyera

eso, pero me lo contaba de todas formas, buscando mi complicidad. Yo fruncía el ceño aparentando estar enfadado, pero acababa sonriendo y atendiendo a su cháchara sobre el libro.

Un día le pedí que me trajera una, no recuerdo el título. Leí dos o tres páginas del principio, la hojeé por la mitad y revisé las diez últimas. Su inocencia me hizo sonreír. Era una de esas novelas sentimentales pensadas para las niñas; ya sabe, ligeramente melancólicas y llenas de galanes graves que se parecen a papá. Se la devolví sin aprobarla. Me preguntó qué me había parecido pero no quise responder. No deberías leer esos libros, le dije. Ella se quedó muy seria, casi triste. Después asintió con la cabeza y prometió que no volvería a hacerlo. Mentía, por supuesto. No me importó porque no vi ningún perjuicio en aquello, pero después me eché la culpa de muchas cosas. De todas formas siempre intenté encauzar sus lecturas y le proporcioné los libros convenientes. Sé que a veces me los devolvía sin haber leído ni una frase pero, como ya le he dicho, no me importaba.

También le gustaba escribir. Poemas. Eran composiciones sobre el mar, que le impresionó cuando lo vio por primera vez en San Sebastián, y el cielo y sus acontecimientos: lluvia, el amanecer, estrellas... Tenía, sin duda, una cierta sensibilidad. Lo cual, me decía, no es malo en sí. Sólo algunos de esos temperamentos caen hacia el lado equivocado. A veces, sin embargo, sus ojos se volvían fríos, duros de verdad, pero pensaba que se trataba de la maldad sin conciencia de los niños que siempre consiguen lo que quieren.

Por eso los primeros síntomas fueron leves y sé que me pasaron desapercibidos. Sólo más tarde pude volver hacia atrás e interpretarlos. No recuerdo el día en que pensé que algo andaba mal en aquella cabecita. Seguramente la pista se me escapó tan pronto como la tuve delante, tan ciego estaba. Sí recuerdo la tarde en que llegó toda sofocada, con la ropa descompuesta. ¿De dónde vienes?, le pregunté. Creía que llegaba tarde y eché a correr, dijo. Me quedé pensando en aquello. Al día siguiente me pareció que me evitaba y eso me sorprendió. Pero no tenía nada que reprocharle. A partir de entonces, si la miraba, se ruborizaba de repente. Me pareció una mala señal y me propuse observarla con más atención. Quería ayudar, pero era un libro cerrado. Ya sabe cómo son estas niñas, es difícil llegar a ellas. En apariencia seguía siendo la misma de siempre. Hablábamos de los libros que yo le recomendaba y de cosas del colegio, pero algo había cambiado.

Por eso empecé a espiarla. Al principio fue involuntario, se lo aseguro. Un día abandonó el patio del colegio en compañía de dos amigas y me descubrí siguiendo sus pasos, un tanto distraídamente, no dándome cuenta ni yo mismo de lo que hacía. Las niñas reían y parloteaban. Cuando llegaron a Sol se separaron y ella subió hasta Gran Vía y en la calle de Fuencarral entró en el portal de su casa. Me di la vuelta, como si hubiera ido hasta allí para dar un paseo.

Desde ese día los seguimientos se hicieron más frecuentes. No digo que esté bien espiar así a una persona, pero a aquella niña le pasaba algo y yo quería saber qué era. La preocupación no me dejaba dormir y cada vez la

notaba más distante, como si entre nuestra amistad hubiera surgido un muro invisible.

No sabría precisar cuánto duró este juego del gato y el ratón. Tal vez un par de meses. Mis obligaciones no me permitían la dedicación que hubiese querido y por eso tardé en descubrir lo que ocurría. Pero le aseguro que llegué a conocerla mejor que nadie, quizás mejor que ella misma. La acompañaba a la entrada y salida del colegio, a sus clases de piano, en los paseos con sus amigas. Esperaba durante horas, pero no ocurría nada. Hasta llegué a pensar que me lo había inventado todo, que sus rubores, sus miradas evasivas, su aislamiento, eran cosas de la edad, y estuve a punto de dejar aquel extraño deber que me había impuesto.

Pero un día la verdad se reveló, clara e inequívoca, tal y como había esperado. Y fue por casualidad. Dos semanas antes había cogido la costumbre de pasar frente a su casa a última hora de la tarde, dando un rodeo para volver a la mía. Ese día caminaba con prisa, el cielo se había llenado de nubes oscuras, y por poco no veo al chico. Estaba a unos diez metros, apoyado en un árbol, y fumaba con ansiedad, apenas dándose tiempo para expulsar el humo. Me oculté en un portal de la acera contraria.

Ella no tardó ni diez minutos en salir. Llevaba una carpeta abrazada al pecho y observé que echaba una mirada cautelosa a la calle. Era imposible que me viera, ya había poca luz y el portal era profundo.

Caminó en dirección al chico. Con paso tranquilo, sin urgencia. El chico separó la espalda del árbol y se quedó parado en mitad de la acera, con el cigarrillo pegado a los labios. Me pareció un crío y pensé que no debía de tener ni

dieciséis años. Ella pasó a su lado sin mirarle siquiera. Pero de repente una de sus manos se descolgó de la carpeta y su dorso rozó el brazo del chico. Fue un contacto brevísimo, único, como un chispazo eléctrico, y me pareció que ella se estremecía, aunque desde donde estaba era imposible saberlo.

Siguieron así, a varios metros el uno del otro, él detrás y ella delante, durante cinco o seis calles. En ningún momento se hablaron, ni ella volvió la cabeza. Los seguí desde la acera opuesta, mientras mi corazón se ennegrecía. A la mitad de la calle de San Bernardo ella se paró ante un portal destartalado y desapareció en el interior. El chico la siguió y la puerta se cerró tras él. Escruté la fachada y esperé ver una luz que se encendía, o su perfil en una de las ventanas, pero el edificio permaneció inalterable, guardando sus secretos. Me di la vuelta y volví a casa. Apenas podía respirar.

Al día siguiente llegó con su sonrisa tímida y se sentó frente a mí, dejando sobre la mesa el último libro que le había prestado. Es estupendo, me dijo. Era la viva imagen de la inocencia, y eso me enfureció. Sé lo que ocurre, le espeté. Mis manos sudaban y me agarré las rodillas para que no viera que temblaban. Entonces levantó la cara y vi aquella mirada. Sus ojos, orgullosos, me decían que se había salido con la suya. Pero esa expresión desapareció enseguida y los párpados cayeron, como arrepentidos del atrevimiento. No sé a qué se refiere, susurró. Se lo dije todo, ni siquiera le oculté que llevaba semanas siguiéndola. Estaba pálida. Su cara se puso muy seria y su labio superior se arrugó.

Se equivoca, no era yo, me dijo.

Eso no podía soportarlo».